



# DESAFIO TOTAL



Piers Anthony

ADAPTACIÓN OFICIAL DEL FILM DE CAROLCO

Las pesadillas atormentaban a Douglas Quaid de forma recurrente. Aunque jamás había estado en Marte, no dejaba de soñar que se hallaba en el planeta rojo, enzarzado en misiones peligrosas, entre agentes hostiles, junto a una deslumbrante mujer. Una vida, evidentemente, mucho más atractiva que la monotonía de un simple obrero de la construcción en la Tierra del año 2089. Pero esto podía llevarle a la locura. Hasta que decidió recurrir a Rekall, una empresa capaz de materializar los sueños imposibles de sus clientes, y cuyo lema era: «*Podemos recordarlo todo para usted*». Y ahí fue donde empezaron realmente sus problemas...

## 1 - Marte

Dos lunas pendían en el cielo rojo oscuro. Una estaba llena; la otra, creciente. Una parecía tener cuatro veces el diámetro de la otra; y ninguna de las dos era exactamente redonda. De hecho, se podría haber descrito a las dos de forma apropiada diciendo que tenían forma de huevo: un huevo de pollo y uno de petirrojo. O incluso como patatas, una grande y una pequeña.

La grande era Fobos, llamada así por la personificación del miedo: la clase de miedo que se apoderaba de los ejércitos y causaba su derrota. La pequeña era Deimos, la personificación del terror. Aquellos nombres resultaban apropiados, ya que se trataba de los compañeros del antiguo dios romano de la guerra y la agricultura, Marte.

El paisaje de Marte era feo. Hasta el mismo horizonte, que estaba mucho más cerca de lo que hubiera estado en la Tierra, había formaciones rocosas desnudas, rebordes de piedra y polvo. Bien pudo haberse librado una guerra aquí, una que destrozara el terreno; pero quedaba claro que no había agricultura. Era tierra de nadie, en el sentido más literal de la palabra.

Douglas Quaid estaba de pie en la superficie irregular ligeramente ascendente. Llevaba un traje espacial ligero con dispositivo respiratorio, ya que la presión atmosférica era sólo una ciento cincuentava parte de la de la Tierra al nivel del mar, y la temperatura de unos treinta y ocho grados bajo cero. Debería de haber nieve ártica, si el escaso aire hubiera tenido el suficiente vapor para formarla. Cualquier fallo de su traje, cualquier desgarrón con el borde de una ro-

ca, le mataría tan rápidamente como si estuviese en el espacio exterior. Casi lo único que tenía Marte a su favor era que el vacío del espacio no poseía gravedad: la de aquí era un poco superior a un tercio de la de la Tierra. Por lo menos, te daba alguna idea de lo que era arriba y lo que era abajo, y te permitía caminar.

Quaid casi no necesitaba la baja gravedad para ayudarse a caminar. Era un hombre recio, tan musculoso que ni siquiera el traje espacial podía ocultar su físico. Parecía irradiar fuerza bruta. Sus facciones cinceladas en el interior del casco tenían un aspecto decidido, reflejaban una voluntad indómita. Quedaba claro que no se encontraba ahí por accidente. Tenía una misión que cumplir, y ni el infierno que era este planeta le iba a detener por mucho tiempo.

Escudriñó el horizonte. Al girar, el terreno irregular cambió, hasta elevarse y convertirse en la montaña más extraordinaria conocida en el sistema solar: el Monte Olimpo, que ascendía dieciséis kilómetros por encima del punto en el que se encontraba. En su totalidad se aproximaba a los veintidós kilómetros, más del triple de altura que la montaña más alta de la Tierra: el Mauna Loa de Hawai, cuya masa, en su mayor parte, quedaba oculta debajo del Océano Pacífico. Al igual que aquella, ésta era volcánica, pero a una escala desconocida en la Tierra. La base de su cono tenía unos 500 kilómetros de diámetro, con ríos de lava extendiéndose radialmente, ahora congelados. Una escarpa poderosa de unos tres kilómetros de altura rodeaba su ladera, definiéndola de forma extraña aunque clara. El Monte Olimpo era una maravilla que hacía que incluso un hombre como Quaid se detuviera a admirarla.

Hubo un sonido a su espalda, más audible como vibración en la roca que como cualquier otra onda en la escasa atmósfera. Alguien se acercaba: una mujer. Quaid se volvió como si la esperara, sin sentir sorpresa alguna, y la miró con ojos apreciativos. Valía la pena contemplarla: estaba tan bien formada para su sexo como él para el suyo..., vo-

luptuosa bajo el traje espacial. Detrás del visor, se percibía que su cabello era castaño y sus ojos grandes y oscuros. Ella le devolvió el escrutinio, y la postura que adoptó dejó entrever el interés que sentía: si aún no estaba enamorada de él, lo empezaba a estar en ese momento.

¡Pero no era el lugar apropiado para un romance! Los trajes habrían hecho que cualquier cosa interesante resultara imposible, aunque ellos lo desearan. Éste era un asunto serio.

Ella dio media vuelta y se encaminó a una montaña con forma de pirámide que él había pasado antes por alto. A pesar de que no entraba en la escala del Olimpo, era lo bastante grande como para impresionar. Parecía casi artificial en su simetría. ¿Cómo había llegado a estar en Marte algo tan peculiar? Bueno, no era más misterioso que los rostros humanos esculpidos en las rocas, o los diversos artefactos alienígenas dispersos por los alrededores, evidencia clara de que el hombre no fue el primero en llegar aquí.

Quaid la siguió, lamentando que sólo el casco de ella fuera transparente. Aun así, era un placer observarla andar. Le condujo hasta una sinuosa abertura en la ladera de la montaña, a todas luces una grieta que se había producido durante una de las erupciones. Se trataba de una cueva de paredes casi verticales. Apenas se filtraba suficiente luz a través de las grietas para permitirles ver terreno seguro donde pisar a medida que el pasaje se adentraba en la montaña.

Llegaron a un pequeño saliente rocoso en las profundidades. Se hallaban en una cámara más o menos circular de tamaño considerable. No, se trataba de una depresión, de un agujero; sobre sus cabezas se veía el cielo de Marte. El suelo era un agujero tan hondo que parecía no tener fondo. Los ojos de Quaid, adaptándose a la sombra intensa de este nivel, sólo pudieron distinguir el borde curvo y la elevación cilíndrica de roca más arriba. ¿Era una cavidad natu-

ral o una cámara excavada por el hombre? Mostraba visos de ambas cosas y de ninguna a la vez. Sintió un asombro que únicamente en parte estaba relacionado con el tamaño y el misterio. De algún modo, supo que el significado del lugar trascendía cualquier cosa que un hombre o una mujer corrientes pudieran imaginar, y que la presencia de los dos allí era mucho más importante de lo que nadie en la Tierra pudiera suponer.

La mujer se dirigió hacia la derecha. Bajó la mano y sacó un cable flexible. Parecía estar anclado a una roca grande o a una proyección de la pared. Retrocedió, tirando del cable, y éste se extendió. Se volvió, y Quaid vio que el extremo que sostenía ella se hallaba conectado a un aparato parecido a un carrete de pescar montado sobre un sólido cinturón.

Ella llevó el cinturón hasta él y alargó los extremos. Se inclinó para pasárselo por la cintura, uniendo los extremos hasta que se juntaron a su espalda con un ligero chasquido. Ahora el carrete quedaba delante, y él se hallaba unido a la roca.

Quaid lo puso a prueba, retrocediendo y viendo cómo se extendía el cable. Estaba enrollado dentro del carrete, donde se aplanaba, aunque adquiriría forma redonda a medida que se acercaba a la sujeción de la roca. En realidad, era bastante largo; pero sólo pesaba unos kilos.

Apoyó las dos manos enguantadas sobre el cable y tiró en sentido opuesto. El cable resistió. Incrementó la fuerza y sus músculos se tensaron y abultaron. También resistió. Le hizo un gesto a la mujer, y ella se le acercó. Formó un lazo con el cable y le indicó que se sentara en él. Con movimientos torpes, ella lo hizo, aferrándose a la parte superior para mantener el equilibrio. Quaid alzó la mano y la levantó del suelo. Por supuesto, ella sólo pesaba veinte kilos en la gravedad de Marte; sin embargo, no cabía duda de que podría haberla levantado igual de fácil con todo su peso. Ella sonrió.

La depositó de nuevo en el suelo, al tiempo que sonreía también. El cable serviría.

Se cogieron inadecuadamente las enguantadas manos en señal de despedida. Se abrazaron y pegaron sus visores, incapaces de besarse. ¡Si había algo que detestara de un traje espacial...!

Quaid se apartó de ella y se dirigió al borde del precipicio. Situó las manos en él; luego, de un salto, se lanzó con las piernas por delante hacia abajo, en una maniobra que habría resultado ardua en la gravedad de la Tierra. Agarró el cable, de cara a la pared rocosa, y empezó a bajar por el oscuro abismo, una mano detrás de la otra.

Un hombre de menos capacidades habría hecho un rappel, pasándose el cable por el muslo izquierdo y por encima del hombro derecho, empleando una línea doble que iría extendiendo lentamente para el descenso. Quaid no se molestó en ello; simplemente, fue bajando casi como si estuviera en una escalerilla. A cada metro se impulsaba de la roca con los pies, manteniéndose lejos de su superficie. ¡Un juego de niños!

Se detuvo unos metros más abajo y alzó la vista. La mujer se hallaba inclinada sobre el precipicio. La parte superior de su cuerpo se reflejaba en silueta, y parecía tener la cabeza iluminada debido a la transparencia del casco. Se asemejaba a un ángel en una bóveda pintada. La luna llena, Fobos, flotaba por encima de su cabeza, completando el halo.

Ella se llevó la mano al casco y luego la adelantó, enviándole un beso.

Quaid experimentó una oleada de emoción. ¡Dios, era hermosa!

Sin embargo, tenía que realizar un trabajo. Le devolvió el saludo, luego reanudó el descenso. Se dio cuenta de que no tenía por qué emplear las manos; el carrito podía ser ajustado para que fuera soltando cable a un ritmo regular. Así lo hizo, y se soltó.

Continuó el descenso al mismo ritmo de antes. Eso le permitía tener las manos libres para cualquier cosa que pudiera surgir. Se relajó y miró a su alrededor.

La luz de la luna iluminaba el agujero, mostrándole algunos detalles que no había podido ver desde arriba. Había docenas de gigantescos tubos verticales que se elevaban desde las profundidades, y que le recordaron vagamente a un monstruoso órgano de vapor. ¡No estuvo muy seguro de que no interpretaran música! Pero ¿qué hacían? ¡No se hallaban ahí como una muestra del arte marciano!

Notó una vibración en la cintura. ¡Algo iba mal con el carrete! Lo cogió; sin embargo, sus torpes guantes no surtieron ningún efecto o empeoraron las cosas. El cable se desenroscaba a un ritmo aterrador.

Quaid descendía ahora a toda velocidad hacia el abismo sin fondo. Movié frenéticamente brazos y piernas, intentando detenerse. Sus pies perdieron contacto con la pared y comenzó a dar vueltas, viendo la pared, los tubos y el espacio que los separaba remolinear vertiginosamente a medida que caía.

—¡Doug! —era la mujer, que, alarmada, le llamaba desde arriba.

Trató de responderle, pero se encontraba demasiado desorientado como para hacer siquiera eso. Seguía cayendo, penetrando cada vez más en el abismo, el control perdido.

—¡Doug! —le llegó la desesperada voz de ella, débil en la lejanía.

El abismo se llenó de una cegadora luz blanca. Quaid supo que era el fin. De algún modo, no experimentó miedo; lo único que podía hacer era enfrentarse a su destino.

## 2 - Lori

Sorprendido, Quaid se despertó. Se hallaba en la cama, en la Tierra, bastante a salvo. El dormitorio estaba bañado por la luz de la mañana.

A medida que se adaptaba al nuevo entorno y los latidos de su corazón regresaban a la normalidad, se dio cuenta de que tendría que haber descubierto que su experiencia no era real. Jamás había estado en Marte, así que, ¿cómo pudo encontrarse allí, sin siquiera cuestionárselo y sin saber cómo había llegado? Sencillamente había aparecido en la superficie desnuda, conoció a una muchacha, penetró en una cueva o una grieta en una montaña con forma de pirámide y descendió por un enorme agujero. ¿Tenía sentido eso, sobre una base racional? En el sueño lo había aceptado; pero así eran los sueños.

Su mente lo repasó todo, siguiendo la situación paso a paso hasta que la escena se quebró. ¿Toda esa luz blanca, procedente de una luna diminuta? Bueno, quizá; ¿cómo podía saberlo sin estar allí? Pero aquel cable... ¿Por qué, sencillamente, no se aferró a él y detuvo su caída? No cabía ninguna duda sobre su capacidad para hacerlo; iba sujeto a él, de modo que lo podría haber cogido de su extremo en el carrito y, una vez sujeto, aguantar. Al ser su peso sólo una fracción del de la Tierra, y con la fuerza de sus brazos, hubiera sido como coger un pavo enorme que hubiera arrojado alguien. Hubiera sido una buena sacudida, sí; sin embargo, nada imposible. Únicamente la atmósfera del sueño hizo que la caída pareciera inevitable.

No obstante, le molestaba un detalle insignificante. ¡Doug!, había llamado la mujer. Eso significaba que le conocía, aunque él no podía localizar su nombre en su memoria. Nada de señor Quaid o Douglas, sino Doug, y gritado con sentimiento. Ese mismo sentimiento despertó uno de respuesta en él, incluso ahora que ya no se hallaba en el sueño, sino de regreso a la realidad. Ella era importante para él, más que importante; ella...

Entonces, todo encajó. ¿Cómo había sido capaz de escuchar su grito..., allí, en el vacío casi total de la atmósfera de Marte? A lo largo de todo el sueño permanecieron sin hablar; pero, al final, la verosimilitud, la semejanza con la realidad, se había venido abajo. La luz resplandeciente, al final..., era esta luz, el resplandor del día de la Tierra, más intenso que el de Marte. Nada que ver con el fulgor del Cielo o del Infierno que uno halla en el momento de su muerte; sólo el resplandor normal de un día normal cuando se quedaba dormido más de la cuenta. ¡Era un alivio!

No obstante, aquella voz seguía perturbándole. Aquella mujer... Había alguien con él. Quaid parpadeó y miró. Una hermosa criatura se inclinaba sobre él. Llevaba un camisón transparente que se abría con una disposición que debía ser intencionada y que revelaba partes de su espléndida anatomía. No se trataba de la muchacha del sueño; era una magnífica amazona rubia. Su esposa, Lori. ¿Cómo pudo olvidarla!

—Estabas soñando —comentó ella con simpatía, mientras alargaba la mano para secarle el sudor de la frente.

Permaneció en silencio, distraído por la visión clara y completa de sus pechos en el interior del camisón abierto. Por supuesto, ya los había visto muchas veces antes; pero, de algún modo, nunca se cansaba de observarlos. Hablando de arquitectura impresionante...

—¿Marte de nuevo? —inquirió ella, solícita.

Los pechos se movieron al ritmo del brazo cuando terminó de limpiarle el rostro.

Asintió, todavía perturbado por la experiencia, aunque se estaba acomodando rápidamente a la situación actual. ¿Qué tenía la mujer del sueño que Lori no poseyera? Quizás el cabello castaño; nada más. Además, Lori no llevaba puesto exactamente un traje espacial.

De repente comprendió que la voz de la mujer de Marte no había sido un error del sueño. Se encontraban embutidos en trajes espaciales, y éstos disponían de intercomunicadores o lo que fueran. ¡La había escuchado a través del sistema de su casco! Le alentó establecer esa conexión; significaba que su sueño no había sido tan descabellado como pensara.

Lori, malinterpretando su distracción, empezó a acariciarle. Su mano descendió por el cuello de él, y apretó el músculo de su hombro. A ella le gustaban sus músculos y le encantaba tocarlos; era algo que la excitaba, y él no tenía nada que objetar a ello.

—Pobrecito —murmuró, acariciándole el músculo pectoral—. Pobrecito, con esos sueños malos, esas horribles pesadillas. —Bajó la cabeza, y le besó el hueco entre el cuello y el hombro de un modo que podía haber sido de consuelo, pero que se estaba volviendo erótico—. ¿Te sientes mejor?

Sus labios empezaron a moverse por su pecho, se detuvieron en la zona de la tetilla. Alzó los ojos para mirarle. Él no quería que se detuvieran.

—Mm, mm —murmuró.

Lori prosiguió, descendiendo hasta su estómago. Sabía que ella intentaba seducirle para que su mente se apartara del sueño, y lo hacía bien. Le encantó dejar que siguiera. ¡Si tan sólo esa mujer de Marte no hubiera tenido el traje espacial! Podía imaginar que era ella...

—¿Estaba ella allí? —preguntó, como al descuido.

Oh, oh. ¿Es que disponía de antenas para captar sus pensamientos? Se sintió culpable al pensar en la otra mujer cuando no cabía la menor duda de que todo lo que necesi-

taba un hombre era Lori. Sin embargo, y a su manera, el interés de Lori por la otra resultaba divertido.

Se hizo el tonto.

—¿Quién?

—Ya lo sabes. —Lori levantó la cabeza e hizo un mohín contemplativo. Ella también se hacía la tonta, fingiendo que no podía recordar del todo o describir a la otra mujer —. La chica de las... —Ahuecó las manos en el gesto universal que indicaba tetas grandes.

Él sonrió.

—Oh, ésa —como si Lori no perteneciera a ese tipo.

Pero ella se resistió a cambiar de tema.

—Bueno, ¿estaba?

Él se rió.

—¡Es sorprendente! ¡Te sientes celosa de un sueño!

La cuestión es que le intrigaba el asunto, quizá porque le daba cierta realidad a una figura que él sabía que existía únicamente en su imaginación.

Lori le dio un golpe en el estómago y se volvió para marcharse. Él intentó sujetarla; pero ella se debatió para salir de la cama. Siempre habían jugado a lo bruto; sin embargo, no tan bruto. Él jamás le devolvía el golpe.

—No es divertido, Doug —dijo ella, a medias fuera de la cama—. ¡Suéltame! —En ese momento, la gravedad la ayudaba a ella; si la soltaba, se caería al suelo—. Ahora estás en Marte todas las noches.

¡Cuán cierto era!

—Sin embargo, regreso cada mañana —protestó él, con poca convicción.

Se percató de que estaba llegando al límite en el que la situación iba a hacerse desagradable, ya que era verdad que sentía una secreta pasión hacia aquella mujer inexistente, y Lori lo empezaba a notar.

Consiguió traerla de vuelta a la cama. En este instante Lori ocupaba toda su atención, tal como ella había pretendido. Lucharon, y ella le rodeó con las piernas, apretándole

en una presa de tijera, inofensiva pero muy interesante. Él le sujetó los brazos a los costados e intentó besarla. Ella giró la cabeza de un lado a otro para evitar sus labios.

No cabía duda de que había sobrepasado los límites del juego.

—¡Vamos, Lori, no seas así! —protestó él, retorciéndose entre sus piernas y dándole un suave golpe en una parte oculta—. ¡Tú eres la mujer de mis sueños!

Bruscamente, Lori dejó de debatirse. Le miró con ojos soñadores.

—¿Lo dices de veras? —Relajó la presa.

—Por supuesto.

Y ahora era verdad. La lucha había completado lo que iniciaran sus mimos y, en ese momento, la deseaba mucho.

Y ella lo sabía. Después de todo, se hallaba en contacto con aquella zona en particular. Le rodeó con sus piernas largas y atléticas, en esta ocasión sin apretar, y tiró de él hacia ella. Se besaron.

—Eres como un toro... —jadeó ella.

Él se rió.

—¡Bueno, ya sabes lo que hace un toro con una vaca!

—¡Una vaca! —exclamó ella con fingida indignación—. ¿Has visto alguna vez que una vaca hiciera esto? —Se sentó erguida, montada sobre él, cabalgando sobre sus ingles, y se quitó el camión. Poseía el cuerpo más hermoso del mundo, y lo sabía—. ¿O esto? —Inició unos saltitos, al tiempo que sus pechos seguían su propio curso mientras su entrepierna le hacía cosas especiales a la parte central de su cuerpo—. ¿O esto? —Bruscamente, dejó caer el torso sobre él y le besó apasionadamente. Las trenzas de su cabello se deslizaron por su cuello y su cara como una suave seda, produciéndole un delicioso cosquilleo.

—No —tuvo que reconocer él—. Las vacas que conozco se quedan quietas, a la espera.

Ella levantó la cabeza, con un destello de humor peligroso en sus ojos.

—¿Y a cuántas vacas conoces?

—Sólo a una. —Notó que el cuerpo de ella se tensaba en advertencia—. Y únicamente es un sueño.

Lori se relajó. Le gustó la analogía. Había llamado vaca a la chica del sueño, no a la mujer de verdad. Reanudó la actividad. Era verdad que ella no permanecía a la espera; avanzaba más de medio camino para hacerlo. Se trataba de una actitud que a él le encantaba. Él apoyó las manos en sus glúteos y sintió cómo se tensaban alternativamente, provocándole, incitándole a que pusiera algo más que las manos en acción.

Rodaron, y la sujetó debajo de él. Ella gritó como si la estuvieran violando, deteniéndose sólo el tiempo suficiente para besarle mientras él se lanzaba a la culminación. Ella realizó un baile del vientre, aunque su abdomen no se movió; todo fue interno. Metió la lengua en la boca de él, sincronizándola al ritmo de la danza oculta. Oh, no, no era una vaca... pero, en ese momento, él sí que parecía un toro.

Aun así, la imagen de la mujer de su sueño permaneció en su mente, y Quaid deseó que pudiera ser ella la que estuviera con él en ese instante. Cerró los ojos y trató de pensar que la mujer a la que estaba abrazando era la de Marte. Se preguntó qué demonios funcionaba mal en él.

### 3 - Sueño

Concluyó llegado el momento, como sucede con todo. Lori se puso de pie y se encaminó hacia la ducha; la pulcritud resultaba vital para ella, y él le había revuelto el pelo, manchado los labios y unas cuantas cosas más, con el propósito de disfrutar de un acto espectacular. ¡Lori era la Mujer Plus! ¿Cómo un tipo corriente como él había conseguido capturar a semejante criatura?

Quaid se relajó; luego le tocó su turno, una vez Lori salió de la ducha, con el cuerpo resplandeciente. Su propio cuerpo se sentía muy bien, como ocurría siempre después de hacer el amor con ella; sin embargo, su mente seguía inquieta. ¡Aquel sueño había sido demasiado real! Pese a lo tonto que fuera, no podía quitárselo del pensamiento.

Salió de la bañera, se secó y se enfundó en sus ropas de trabajo, mientras seguía meditando en lo acontecido. No era ningún profesor con un gran coeficiente de inteligencia ni un ejecutivo importante; simplemente era un trabajador de la construcción. Resultaba muy bueno en su trabajo, pero ello no le convertía en un candidato extraordinario. Aun así, Lori se había casado con él, y su ardor seguía intacto después de todos aquellos años de estar juntos. La atracción que ejercía sobre él no tenía ningún misterio: ella atraía a todos los hombres vivos. Pero ¿cuál era la atracción que ejercía él sobre ella? Oh, era musculoso, y a ella eso le gustaba; sin embargo, seguro que podría haber conseguido a un hombre con músculos y dinero o poder. ¿Por qué se había quedado con un tipo corriente? ¿Y por qué él, el hombre más afortunado, estaba soñando a cambio con una